



# Epílogo



*De valientes está lleno el cementerio.*

Dicho popular





## N O ES FÁCIL HABLAR DE LA ÉPICA EN NUESTRO PAÍS.

La primera razón es porque a los argentinos nos han robado la épica aquellos que creen que el heroísmo es una cuestión de fanfarrias y marchas militares que tantos destrozos provocaron en los últimos ochenta años. La segunda es porque, generalmente, hemos elegido la filosofía cruel del Viejo Vizcacha antes que la ética martinfierrista de la Ida y desconfiamos de que exista la entrega desinteresada. La tercera causa es porque el arte del coraje ha costado demasiadas vidas en estas tierras y por él se ha derramado demasiada sangre. La última razón es porque los héroes nos molestan, nos interpelan, nos ponen incómodos en nuestra propia visión cínica de la realidad colectiva; el acto de coraje está allí como reflejo de nuestra propia comodidad, de nuestras pequeñas miserias y cobardías cotidianas.

Siempre me ha llamado la atención la desapropiación de las palabras que sufrimos los argentinos. El colonialismo





Hernán Brienza

del lenguaje es, quizás, la antesala de un pensamiento enajenado. Uno de los términos más utilizados en los medios de comunicación, en ciertos círculos artísticos donde funciona como una palabra fetiche para cierta estética esnobista, es “bizarro”. Hoy se utiliza como sinónimo de ridículo, de chusco, de producto de Clase B, por causa de la transferencia del uso inglés del vocablo *bizarre*, utilizado por las malas películas estadounidenses.

En nuestro idioma, la palabra “bizarro” tiene un significado muy diferente: refiere a la valentía, el coraje, la generosidad y la entrega de una persona. Este libro habla justamente de eso: de la bizarria, la valentía y el coraje. Lejos de realizar una denuncia etimológica sobre el lenguaje, me pareció interesante sugerir la posibilidad de que defender el idioma propio sea, quizás, un pequeño acto de coraje colectivo.

Admitiré que no hay buenas definiciones para ese tríptico de palabras. Por cierta inclinación al romanticismo decimonónico —herencia fervorosa de haber leído en la adolescencia *Hernani*, *Los tres mosqueteros*, *Cyrano de Bergerac* y las historietas *El Eternauta*, *Dago y Nippur de Lagash*, entre otras—, admiro los actos de cierto tipo de coraje. Pero, como no podía ser de otra manera, estoy comprendido dentro de la descripción que hace Jorge Luis Borges en “Nuestro pobre individualismo” del “héroe popular” argentino: “el del hombre solo que pelea con la partida, ya en acto (Fierro, Moreira, Hormiga Negra), ya en potencia o en el pasado (Segundo Sombra)”. Imagino la valentía, entonces, como un acto realizado por una persona en contra de su propia conveniencia inspirado en un valor superior al del mísero interés, a veces, incluso, por un deber ser inexplicable.

Pienso que no hay un acto de coraje más perfecto, por





ejemplo, que el del Sargento Cruz en esa “noche desesperada de la literatura argentina”, como la definió el autor de *Ficciones*, en que en contra de su propio beneficio no consiente en que se mate a un valiente en desventaja numérica —allí el valor supremo de la valentía o, cosa que no alcanza a comprender Borges, de la solidaridad— y renuncia a su identidad de “justicia” para convertirse en un perseguido como el gaucho malo que defiende. Es un hombre que ha perdido todo en nombre de nada, o casi nada. Para cualquier persona moderna y racional es solo una opción basada en un error de cálculo. Sin embargo, hay algo de verdad existencial en ese pasaje del que tanto se ha hablado y escrito. No en vano Borges dice en su otro cuento, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, que el destino de un hombre consta del instante en que sabe para siempre quién es. Uno podría decir, entonces, que no hay mayor acto de coraje que animarse a saber quién es uno y actuar en consecuencia. Porque la identidad no es un reconocimiento teórico sino una decisión, una puesta en juego, una voluntad. La identidad es el acto de coraje más trascendental que puede llevar adelante un ser humano o una comunidad. Significa plantar bandera, decir “soy esto, somos esto” y enfrentarse a un contexto, a una circunstancia, que no hace otra cosa que intentar disuadirnos de que seamos. Allí está la muerte para recordarnos, esa gran secuestradora de identidades, que nacemos para no ser.

*Valientes* es un libro que justamente reivindica esa decisión de ser, de encontrar instantes fatales que les permitan a los héroes de estas páginas enfrentar su destino. Allí hay una mujer queriendo matar como un hombre, un gaucho que se encuentra en el matar, guerreros y guerreras que se batan por el fantasma de la dignidad, que desafían adversidades,





Hernán Brienza

que renuncian a templadas existencias en busca de un bien que, finalmente, los sume en una derrota.

Estas historias no hablan de los hombres que ya han sido enmarmolados por la historia. Son breves crónicas de personajes Lado B, no demasiado reconocidos por la oficialidad del pasado. En muchos casos son hombres y mujeres que llevan adelante un belicismo poético. O como escribe Leopoldo Marechal en su *Megafón o la guerra*: “Los grandes hechos de armas, que no abundan en la historia, se desarrollaron como teoremas poéticos. Un Aníbal, un Napoleón o un San Martín son poetas en acción de combate o guerreros en acción de poesía”. Celebro y participo de esa definición de que la valentía porta, además, una virtud estética. El coraje no es otra cosa que un acto de belleza existencial.

Los argentinos no somos afectos a nuestra propia épica. El enfrentamiento cívico militar entre 1955 y 1983 ha limado nuestra posibilidad de admirarnos a nosotros mismos. Al complejo de inferioridad, a la tilinguería, tan bien descrita por Arturo Jauretche, se suma la práctica de la autodenigración constante. Los mexicanos utilizan la palabra “malinchista” para describir la conducta perversa de “admirar lo ajeno y menospreciar lo propio”. Los argentinos somos profundamente malinchistas, nuestros intelectuales del establishment —desde el gran escritor Domingo Faustino Sarmiento hasta el devaluado Marcos Aguinis, con su “atroz encanto de ser argentino”— son desvergonzadamente malinchistas. Somos capaces de consumir la épica extranjera en la butaca de un cine comiendo nachos con queso fundido, pero nos da pudor admirar la valentía de quienes nos precedieron. Como si admitir el coraje de otros disminuyera nuestras virtudes individuales.

Yo admiro, claro, al valiente que se bate solo contra la





partida. Y más aún al que es heroico en compañía, porque se anima a confiar en el que comparte su suerte. Héctor Germán Oesterheld, el autor de *El Eternauta*, prefirió siempre al héroe colectivo por sobre el individual. Es una apuesta riesgosa, digna de un valiente literario como él. En estos tiempos de relatividades, de dudas poco generosas, de nimias lealtades, el coraje me parece uno de los pocos principios a respetar. Como escribe Arturo Pérez Reverte en la primera página de *El capitán Alatriste*: “No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente”. Vale lo mismo, claro, para las mujeres.

Siempre me ha llamado la atención la ausencia de las mujeres en los relatos del pasado. Ellas han sido borradas de la historia hasta hace poco tiempo, que han surgido desde el fondo de los años. Entre estos valientes hay varias mujeres. Son idealistas, brutales, sanguinarias, corajudas, con lo que demuestran que las virtudes y los defectos atribuibles a los hombres en las guerras bien pueden ser protagonizados por las damas. Son heroínas que han abandonado la dócil punta de las agujas tejedoras por el implacable filo de los sables.

Un párrafo aparte se merece Martiniano Chilavert, quizás, el prototipo perfecto del héroe buscado. No sé si todo traidor sea un héroe, pero es posible que todo héroe sea un traidor para alguien. Me gusta esa historia de dobleces, de contradicciones, de paradojas y reflejos como si se tratara de espejos enfrentados. Pero, además, el fusilado de Caseros se merece, todavía, un reconocimiento histórico por parte de los argentinos. Como Gerónimo Costa, un general de la Nación, que ha sido ejecutado en un levantamiento militar exactamente cien años antes de que se produjeran los fusilamientos de Juan José Valle y sus compañeros, en una





Hernán Brienza

circularidad histórica que asusta.

Si es cierto que todo héroe es un traidor, también habría que reconocer que la aparición o la necesidad de figuras épicas es una mala noticia para una sociedad. Donde hay héroes, hay asesinos. Hay muerte. Los héroes nacen en la excepción. Por eso tiene razón Bertolt Brecht cuando dice “desgraciado el país que necesita héroes”.

Tiene razón Brecht. La existencia del héroe nos confirma el suceso de una tragedia.

*Vertiente de la Granja,  
Córdoba, septiembre de 2010.*

